

José
Emilio Pacheco:
 EFRAIN
 HUERTA*

AFINIDADES. Las que más se precisan, sobre todo en sus poemas de juventud, lo identifican con el surrealismo de lengua española —esa corriente cuyo esplendor nos sigue deslumbrando, y que en menos de seis años dio *Residencia en la tierra, Poeta en Nueva York, La destrucción o el amor, Sobre los ángeles, Sermones y moradas*. No hay en la poesía francesa de aquel momento nada muy semejante.

ALBA. Palabra ostentadamente predilecta. Codifíquese su frecuencia. Predilección un tanto anómala en una poesía como la nuestra que entre todas las horas gusta de elegir el crepúsculo. En todo caso, la noche de los poetas románticos desemboca aquí en el alba de los trovadores provenzales (y la lírica del Islam). Por otro nombre, el alba se llama en lenguaje ampuloso “crepúsculo matutino”. También en ella nupcias de la luz y la sombra, pero no la tiniebla sino la claridad sale triunfante (“Alba de añil vagando entre palomas”). En el poeta, pues, creencia a toda prueba en el nuevo día. A esta hora el mundo no se contempla como un infierno. En el peor caso, se le ve como un purgatorio. Las cosas pueden cambiar, saldremos de aquí. O dicho con palabras del Manifiesto: “El surrealismo al servicio de la revolución.” (Volveremos sobre este punto.)

BONITO. [A]. No, no tiene nada que ver. Esta poesía es de las menos *bonitas* que han escrito nuestros poetas. Difícilmente se le encontrará algo que de inmediato nos halague. En vez de musiquita y de teatrillo, sequedad, aridez, acidez. Blanco y negro: ni color ni pantalla panorámica. Poesía absoluta, radicalmente impura. Quiere abarcarlo todo, y todas las cosas entran y salen sin pedir permiso. Naturalmente, hay virtudes compensatorias. Tantas, que esta poesía nada bonita es de las más hermosas. Su intensidad no nos deja tranquilos ni nos permite ser indiferentes.

CIRCUNSTANCIA. Dicen que a su autor le gusta repetir la frase de Goethe: “Toda poesía es de circunstancias.” En su segunda acepción (“Yo soy yo y mi circunstancia”) la de Efraín Huerta es la de quienes nacieron en México en 1914 —como también Octavio Paz y José Revueltas—. Subráyanse las palabras Guerra Civil Española, Época de Lázaro Cárdenas, Generación de *Taller*. Cítanse las palabras del primero: “Los poetas de este grupo (*Taller*) intentaron reunir en una sola corriente poesía, erotismo y rebelión. Dijeron: la poesía entra en acción. Su tentativa fue distinta a la de los ‘Estridentistas’ que unos años antes se habían servido de la Revolución como de otro elemento (sonoro) más, en su estética de timbre eléctrico y martillazo. El grupo también se opuso a

los secuaces del ‘realismo socialista’, que en esos días comenzaban su domesticación del espíritu creador.”

CRÍTICA. A este respecto léase el excelente prólogo de Rafael Solana a *Los hombres del alba*, Géminis, México, 1944.

DECADENCIA. Antes de tiempo, fenómeno común a los artistas, en particular a los escritores, de este lado del mundo, (Enrique Anderson Imbert: “¿Hay algo letal en el aire de América para la creación literaria?”) Excelentes comienzos, dolorosos finales. Tránsito brusco o paulatino de promesa a fracaso definitivo. Atribuido antes a falta de estímulos. Atribuido ahora a exceso de estímulos. Con todo, hay excepciones que ponen a prueba la regla. Efraín Huerta es una de ellas: a los cincuenta y tantos años está escribiendo poesía mejor que nunca. Es de aquellos privilegiados —como su compañero Octavio Paz— que pueden renovarse sin desconocerse y mantener despiertos los sentidos. Abundan en todas partes quienes de por vida siguen escribiendo, mal o bien, en el lenguaje (literario) que imperaba cuando tenían veinte años. Huerta ha demostrado no ser uno de estos.

DESACATO. A la finura y sutileza: una línea que ha dado muchas y muy valiosas obras a la poesía mexicana pero que no es, como se ha pretendido, *toda* la poesía mexicana. Si se buscan definiciones abarcadoras es preferible la que ha hallado Carlos Pellicer en un título o subtítulo de Díaz Mirón: “Melancolías y cóleras.”

DIFUSIÓN. Muy reducida, hasta privada en algunos casos. Huerta es de los poetas que conocemos sólo a través de antologías. *Los hombres del alba*, como el noventa y nueve por ciento de los libros de poemas mexicanos, es inconseguible desde hace muchos años. Aunque Huerta ha hecho todo lo que está a su alcance por lograrlo, la *Ecclesia Visible* de nuestra literatura no lo ha excomulgado: figura en todas las antologías, se le menciona en todos los recuentos. Así como otros se desvelan para que se les conceda la migajita del prestigio local, Huerta desde muy joven se ha empeñado en *desprestigiarse*. En consecuencia ha podido escribir sin ninguna inquietud por la resonancia de su obra. Esta será conocida por los nuevos lectores: se anuncia ya un volumen que la reúne.

LASTRE. Indispensable para elevarse. Forma las cuatro quintas partes de toda obra, literaria o no. Los poetas (¿quién dijo que no hay “buenos” ni “grandes” ni “auténticos” poetas: hay sólo poetas?) escriben durante toda su existencia seis o siete poemas, rodeados de borradores por todas partes. En el caso (improbable) de que Huerta estuviera de acuerdo con



lo anterior, le bastaría pensar en páginas como “Avenida Juárez” o “El Tajín” para dormir tranquilo.

MÉXICO. [CIUDAD DE]. Quizá ningún poeta ha tenido una relación tan vital con ella, como Efraín Huerta, que ha logrado hacerla encarnar en la poesía sin mitificarla ni mixtificarla. Lo que aparece en sus obras no es la abstracción Gran Ciudad (Ciudad Grande) sino inequívocamente la Capital moderna: el México de 1940 en adelante (“Esta ciudad de ceniza y tezontle cada día menos puro, / de acero, sangre y apagado sudor” ... “cada día más inmensa, / cada hora más blanda, cada línea más brusca...”.) Los que aman odian. Y las declaraciones de amor y odio de Huerta a la ciudad no terminan en *Los hombres del alba*. Allí, antes que la novela aspire a describirla, a descubrirla, ya se nos habla de “la viva y venenosa calle de San Juan de Letrán”. Pero doce años después en *Estrella en alto* reaparecen las imágenes en una entonación aún más directa. ¿Se han dado cuenta nuestros críticos de que entre 1955 y 1956 se escriben los tres poemas civiles mexicanos más importantes del último cuarto de siglo? Por orden de aparición: “El cántaro roto” (Paz), “Avenida Juárez” (Huerta), “Discurso por Cananea” (Pellicer).

POESÍA POLÍTICA. Sí, uno también cree que “por alguna extraña razón, la poesía no se presta para hacer milagros por encargo, ni siquiera en circunstancias que lo merecen: una tragedia personal o un desastre histórico” (Gabriel Zaid). Uno también cree que un poema no es un acto político y no vale sino en función de criterios de arte. Pero en nombre de esa misma libertad creadora hay que defender, hasta contra uno mismo, el derecho del poeta a escribir sobre todo aquello que le afecte. Ya no hay posibilidad de escape: los acontecimientos públicos que suceden del otro lado del mundo, en Vietnam por ejemplo, forman parte de nuestra vida privada. Por lo demás, no se puede condenar a la poesía política tomando en cuenta nada más los monstruos verbales que ha producido [porque las cien peores poesías de la lírica española son probablemente versos de amor y a nadie se le ocurre censurar que se escriba sobre el amor], ni tampoco es posible sustituir el “No hay más ruta que la nuestra” por otra ortodoxia aunque de signo contrario. Lo que pasa es que la gente no lee nada. De otra manera ya hubiesen descubierto que la poesía comprometida no es un hallazgo de *Les Temps Modernes*. La poesía estuvo siempre comprometida hasta que en el siglo pasado algunos grandes hechiceros la comprometieron sólo con la poesía. Un ejemplo entre cuatrocientos mil del Siglo de Oro: la “Canción en alabanza de la Divina Majestad por la victoria del Señor Don Juan” [en Lepanto] de

Fernando de Herrera. En Efraín Huerta, por supuesto, hay ejemplos de las limitaciones del género [examinense las ventajas e inconvenientes de una cita pedante, como esta ingeniosidad del Dr. Johnson: *Occasional poetry must often content itself with occasional praise*]. Pero también, y son las que nos importan: no somos aduaneros ni policías de tránsito, de las grandes posibilidades poéticas que tiene el género.

De la primera época léase “Esa sangre” (“No la veo, no me baña su doloroso color, / ni la oigo correr sobre las piedras...”.) uno de los mejores poemas que escribieron los mexicanos sobre la España de 1936-1939. Entre los más recientes, “La raíz amarga”, escrito cuando Siqueiros estaba en la cárcel como preso político.

PRÓJIMO. Huerta es de aquellos poetas para quienes *los demás* existen. Su poesía está llena de gente. No le da vergüenza hablar de sus prójimos más próximos, sobre todo sus hijas y sus hijos. Por lo demás tiene, y ha sabido conservarla intacta, la pasión de la compasión. Insisto: su poesía está sobrepoblada de vivos y muertos. Últimamente ha recibido la visita de Rubén Darío, Franz Kafka, Hemingway y el Capitán Fiallo.

RECUERDO. No es para Huerta un material poético. En su poesía casi no hay nostalgia. Emplea sus verbos en presente. Todo sucede en el presente ante un estímulo presente: “Estoy muriendo solo de veloces venenos” ... “En estos precisos momentos todo momento es bello” ... Incluso cuando desde Checoslovaquia habla a su hijo le dice: “Pues he venido hasta acá para tenerte / más cerca y más estrechamente amado.” En *El Tajín* la fluidez del instante se ha hecho de piedra. No se evoca la grandeza pasada para contrastarla con el actual deterioro, como lo hubiera hecho Rodrigo Caro o bien José María de Heredia. No, allí: “Todo se ha detenido, ciegamente, / como un ciego puñal de sacrificio. / Parece un mar de sangre / petrificada / a la mitad de su ascensión...”

SINGULARIDAD. Al término —que es, se ha visto, un nuevo principio, un re-comienzo— de una evolución enteramente personal, Huerta ha acabado por no parecerse más que a sí mismo. Electivas o no, todas las afinidades con otras voces le sirvieron, como deben servir, para encontrar su voz poética: instrumento de articulación y de conjunción, como el “Maxilar de Franz Kafka”. Y así pues, también y nuevamente:

*Nave, navío, barca y espuma para sudar de miedo
y escribir sobre la piel la palabra abismo,
la palabra epitafio, la palabra sacrificio
y la palabra sufrimiento
y la palabra Hacedor.*